
LIBROS

Cuerdas rotas, por Alejandro Tloupakis. Fundación Médica Lomas de Zamora (BA), 2009, 62 pp.

El libro es un compendio de historias de temática cotidiana, escritas en lenguaje coloquial. Los cuentos son similares en su construcción, metódicos sin llegar a ser esquemáticos, pero dueños de una intención aleccionadora, visible en una segunda lectura.

Arraiga en algunos clásicos del siglo XX y como estos toma el tema de la sociedad que le es próxima y la fiscaliza en forma perturbadora. Lo expresa partiendo de su visión personal y en forma leve, pero primero controlándonos mediante el relato lineal de lo ingenuo, presente en la vida del hombre común. Nos conquista de a poco, apegándonos al hilo sutil de la trivial monotonía suburbana que conforma inevitablemente la vida del ochenta por ciento. Sin quererlo ni saberlo, bajamos la guardia y leemos, despojados de temores o preconcepciones. Pero en ese instante nos vemos desbarrancados en una especie de torbellino conformado por las rutinas del ciudadano, hasta hacernos anclar, como en aquella serie *El túnel del tiempo*,

de forma imprevista y casi alucinada, en el umbral del infierno.

¿Fuiste, Pablo, a la fiestita de Emilse?

La pregunta más difícil que le habían hecho en su vida.

Simple e inexorable, nos obliga a deducir este averno, a encontrarlo, no en esa monótona cotidianeidad, sino en el universo espiritual, en el alma de los protagonistas. Y tal vez dentro de nosotros mismos ¿Por qué era ésta la pregunta más difícil?

Las construcciones de Tloupakis son un deliberado, minucioso y pertinaz golpeteo en el seso, como aquel pajarraco televisivo en la cabeza de la protagonista. Él no quiere decirnos lo que ve, ya que sería trasplantarnos su sabiduría y su ojo moral. Deja entrever sus visiones y agudezas. Es un autor muy irónico y en este juego, resulta ser sumamente sintético:

Quién la disparó no se sabe. Tampoco a qué tipo de arma pertenece. (Se sabrá en mi autopsia). Pudo ser un policía.

Al comienzo de cada estructura entremezcla lo evidente y lo sugerido, recordándome a Arlt, seguro antecedente de este escritor. Lo real desde lo social, como en el autor de

El juguete rabioso, se vislumbra escondido, muy velado. Está siempre allí, como impronta definitiva del estilo de este joven cuentista. ¿Tal vez una obsesión? ¿O más bien y casi seguro, una cáustica denuncia? *¡De nada! –Grito cuando me suben al patrullero a empellones ¡De nada!*

Manuel Mujica Láinez también ha tenido la costumbre de colocar al lector en un carrousel de círculos concéntricos, alrededor de pequeños y nimios detalles, como por ejemplo una estatua al costado de una escalera, para terminar, al final, manchando todo este detalle inicialmente inocente, con la sangre de algún pobre tipo.

La frase siguiente es como un lema, un resumen emblemático, que es la quintaesencia del estilo de Tloupakis, según mi visión: *De tan linda, la mañana de ese domingo le pareció insultante.*

Hay muchas puntas de iceberg en este libro, que sugieren montañas listas para ser escaladas. Por ejemplo, en la inseguridad de una mujer sobre la fidelidad del esposo toca el punzante tema de la falta de compromiso en las relaciones humanas de esta época tan materialista.

Ella piensa por un segundo que todo lo que vivió ese fin de semana fue un mal sueño, y que el saludo tan natural de Miguel acababa de

disolverlo, restaurando el curso normal de sus vidas.

Es a su vez, un espejo donde se refleja la sociedad en sus facetas más terribles, de una forma gélida y descarnada, fantasmagórica y deliberada, aunque a la vez terroríficamente *naïve*, como un payaso con la pintura corrida...

Salió del baño, ya sin el disfraz...

Si analizamos cada unidad del libro *Cuerdas rotas* vemos que en el punto final nos obliga a dar vuelta como un guante lo que pensamos al inicio, siguiendo los estatutos primordiales del género, pero sin sacudirnos con terribles sucesos de los que se suele abusarse bastante hasta puntos descabelladamente forzados. Nada es así en el mundo de Tloupakis, donde todo fluye natural, sutil, rítmico, hasta el precipicio de lo ingrato, de lo amargo, de lo terriblemente cierto.

El libro es un disparador reflexivo, desde el cual puede debatirse, en base a cada cuento, la aparente, rutinaria y consensuada cordura de nuestra sociedad que se evidencia como infernal locura en cada final. ¿Final?

Cuerdas rotas, de Alejandro Tloupakis, recibió el Primer Premio del VI Concurso Nacional Macedonio Fernández de Narrativa.

María Cristina Azcona

La loca de San Telmo, por Alfredo Bernardi. Buenos Aires, Editorial Dunken, 84 pp.

Autor de dos poemarios —*Sonetos, romances y libertades* (2002) y *Fresas escondidas* (2004)— que la crítica saludó y en los que dio cuenta de un sincero lirismo, Alfredo Bernardi da a conocer ahora una serie de cuentos que reunió bajo el título de *La loca de San Telmo*.

A diferencia de los libros mencionados, en el que nos ocupa es posible identificar inmediatamente las influencias de su prosa narrativa: Borges en el relato titulado «Brehom», Unamuno en «El ángel rebelde» y Sabato en el que da título al libro que resulta, por otra parte, el más eficaz de los que lo integran. Se trata, sin embargo, de influencias sabiamente asimiladas que contribuyen a dar forma al florilegio de registros que ostenta el breve volumen. En efecto, conviven aquí relatos simbólicos, históricos, testimoniales, críticos, fantásticos y aun góticos.

Como ocurre con todo libro de cuentos, algunos textos interesan más que otros; en todos, sin embargo, campea una voluntad de estilo y el conocimiento y dominio de la materia narrativa; también, la eficacia en la descripción.

Once son los relatos que conforman el libro. De entre ellos se destacan «Conciertos del mediodía», ingenioso y significativo, ya desde el título; «Amor equino», donde lo histórico y lo campero se integran perfectamente; «Del mismo vientre», evocación de los años de plomo que conmueve por el muy logrado final, y «La loca de San Telmo», donde el acierto reside en la creación de una atmósfera verosímil que, insensiblemente, promueve una historia en la que conviven lo gótico y lo fantástico, dando lugar a esa sensación de ambigüedad a la que se refirió Todorov en su famoso estudio.

Menos logrados por la evidente intención de impresionar mediante ambientes siniestros o marginales resultan «Carne» y «El violador»; tampoco resulta funcional el contrapunto narrativo urdido para «El alucinado».

La publicación de *La loca de San Telmo* importa por el ingreso a la narrativa de un poeta que ha probado su vocación por la palabra y cuya voz siempre despierta interés.

J. Coughlan

Volver a Galicia (Cuentos y poemas con gallegos argentinos), por María González Rouco. Buenos Aires, Edi-

torial El Escriba, Colección Colectividades Argentinas, 2009, 118 págs.

Se trata de un libro que intenta reconstruir una pieza del rompecabezas que llamamos «crisol de razas». Lo hace brindándonos una imagen desde el amor y desde la raíz. No analiza un sector social o histórico sino que se erige en su vocero, con un inusual sentido de pertenencia que ancla, profunda y definitivamente, en los valores antitiquísimos que la ayudaron a ser quien es hoy.

Primero está su biografía, su imagen sonriente y una enumeración de tantas cosas que ha hecho y hace por despertar la conciencia del agradecimiento y la valoración hacia el inmigrante que nos dio a luz como Nación.

Hay después una entrevista que le realizara Margarita Ferrer de Carrau, donde vamos ya pergeñando la imagen de la autora de este libro.

Luego del prólogo de Carlos Penelas, la sección «Gallegos en la Argentina» provee relatos, transcripciones de noticias de la época y testimonios de descendientes como el de la periodista Silvia Puente: «Para cuando mi hermana y yo estábamos bañadas y bien vestidas, ya se había armado la ronda de hombres

presidida por mis abuelos, en el patio, bajo la sombra del naranjo.» o el de la investigadora y escritora Gladys Anega: «Ésta fue una gran tensión que se me produjo a mí con el lenguaje».

María Marta González Rouco ha podido retratar el verdadero espíritu de esta comunidad española. Lo hace desde dentro, desde la asunción de un rol que implica varios más. Ella lo ha escrito desde la intuición que brota no sólo del corazón, sino también de la viscera.

En la sección «Volver» analiza testimonios de gallegos o descendientes de estos, que regresaron a su patria: «Algunos inmigrantes que vivieron aquí durante décadas, no quieren volver a su tierra natal, ni siquiera por un tiempo –nos dijeron– porque se sienten abandonados por ella, o porque creen que ya no encontrarán a nadie conocido allí.» «El viaje permite, en algunas oportunidades, vivir cerca de la dura vida que se llevaba antes de emigrar».

La autora quiere que amemos a su pueblo y adopta un rol nada sencillo ni lineal: ella es descendiente directa de gallegos inmigrantes por ambos lados. Es testigo de la profunda melancolía que aquejaba a los gallegos que no podían retornar a su país. Se erige en representante de esa profunda amalgama de sen-

timientos alegres y tristes, enraizados en Galicia y en Argentina y por último, es embajadora de un sentimiento gallego argentino. Desde cada uno de esos roles, y ahora siguiendo el hilo conductor que nos impone para la lectura, se expresa en dos vertientes de estilos diferentes.

El primero informativo, aunque teñido de emoción y casado directamente con su autobiografía. El segundo estilo es narrativo y se adueña allí de la metáfora, de la imagen cenestésica y del dorado y plateado color de la añoranza.

El libro nos proporciona una fuerte sensación de melancolía, al hacernos identificar con esos gallegos que nunca pudieron regresar y que de haberlo hecho, hubieran cambiado los destinos de nuestro país. Seguramente esa tristeza, esa añoranza, tiene que ver con la admiración que sentimos por la Madre Patria y esa sensación de niños eternos que aún tenemos, como adolescentes rebeldes incapaces de madurar y tener identidad.

En los poemas leemos:

*que te quedes hijo; aquí, yo te pido!
/ Muy lejos están / los que ya han partido*

La poeta logra descifrar el enigma rompiendo un tabú que tenemos sobre el tema de la inmigración. De

eso no se habla. ¿Seremos europeos? ¿Seremos todos doctores? ¿Habremos nacido vestidos de blanco? De dónde sacamos nuestra tradicional melancolía? Lo hace desde un ensayo seguido por muchas imágenes de sus antepasados. Por último, nos zambulle de cabeza en sus cuentos y poemas. Este avance en la lectura y ese cambio de estilo no hace más que aumentar nuestra ansiedad. La lectura nos trasmite angustia, tristeza y dolor. Nos adueña de la terrible y brutal experiencia de los gallegos argentinos, que están en nuestra sangre y en nuestro derredor. No nos lleva a ningún paraíso, salvo el de los sueños. Tal vez después de leer este libro podamos sentirnos un poco más sabios acerca de nuestra identidad. Tal vez podamos saber por qué esos gallegos querían regresar. Tal vez podamos entender por qué nosotros nos queremos ir detrás de ellos siempre con el sueño europeo en la cabeza, siempre añorando algo mejor pero sin proveer los medios.

Tal vez este libro sea tremendamente sincero, y su sinceridad nos incomode porque es capaz de criticar con una sutileza despojada, descarnada y fina, desde un cuadro color sepia.

María Cristina Azcona